El asesinato de Wilckens
La protesta del pueblo

(De nuestro Boletín)

El crimen

No es menester cargar las tintas ni los adjetivos para calificarlo. Basta la sola enunciación del hecho para que recaiga sobre él la unánime condenación pública, la indignada protesta de los justos y la estalladora ira del dolor herido de los buenos: ¡Kurt Wilckens, prisionero inerme e inválido, fué asesinado, mientras dormía, por su carcelero!

Un hombre dormido es como un niño. Su sueño lo hace inocente, y, por lo mismo, sagrado. Todos los respetos deben guardarse con él, librado como está al atropello sin riesgo de cualquiera. Su indefensa misma debiera salvarlo, como la inocencia al niño. Matar á hombres dormidos es, pues, como matar a los niños: crimen cobarde, llevado sobre seguro, sin riesgo alguno.

Y si además de dormido el hombre está prisionero, entonces debiera ser doblemente sagrado. Por esto que el asesinato de prisioneros es tenido como crimen de los más abominables. Y si se añade que el prisionero dormido es, además, un inválido, matarlo es aprovecharse de su triple debilidad: la de estar preso, la de ser inválido y la de estar dormido. Crimen de una magnitud tal, es este, que debiera conmover profundamente aun a quien contempla con más indiferencia la suerte de sus semejantes. ¡Y este es el hecho, el gran hecho que ha de regocijar a los patriotas, que aplaudirán en el criminal a uno de los suyos!

La tragedia continua

La tragedia de Santa Cruz no ha terminado aún. Tras ella se abren todavía siniestras proyecciones. Se la creyó cerrada con el regreso triunfal de las tropas de Varela, pero la bomba y el revólver de Wilckens, terriblemente justicieros, la reabrieron ante la expectación del pueblo, que exaltó el gesto como un rasgo de soberbia abnegación y acompañó a su autor con su viva simpatía.

La página de sangre consumada en Santa Cruz tampoco pudo creerse cerrada con la muerte de Varela, como no lo está con el asesinato de Wilckens. El asesino de éste pensó, tal vez, ejecutar la acción final de la tragedia, pero el pueblo de Buenos Aires, como el de toda la República, no ha querido así: ahora su protesta con la huelga, engarabitando sus fuerzas en rebeldías, sacudidas hoy por el dolor.

Héroe del pueblo, Kurt Wilckens, su muerte ha producido de nuevo el fermento, en el corazón del pueblo. Como manifestación de ese dolor y como causa que alimenta con la pujanza y la ira del pueblo, la huelga general debe ser consecuente y permanente viril y ejemplarizadora.

La tragedia continúa. Para subrayarla se abre una interrogación.

El imperio de las instituciones

Bajo el imperio de las instituciones [illegible] Wilckens y los asesinatos por [illegible] de la dictadura, por el reformismo [illegible] más perniciosa. [illegible] de Santa Cruz, y en [illegible] de más de 4 [illegible] [illegible] [illegible]